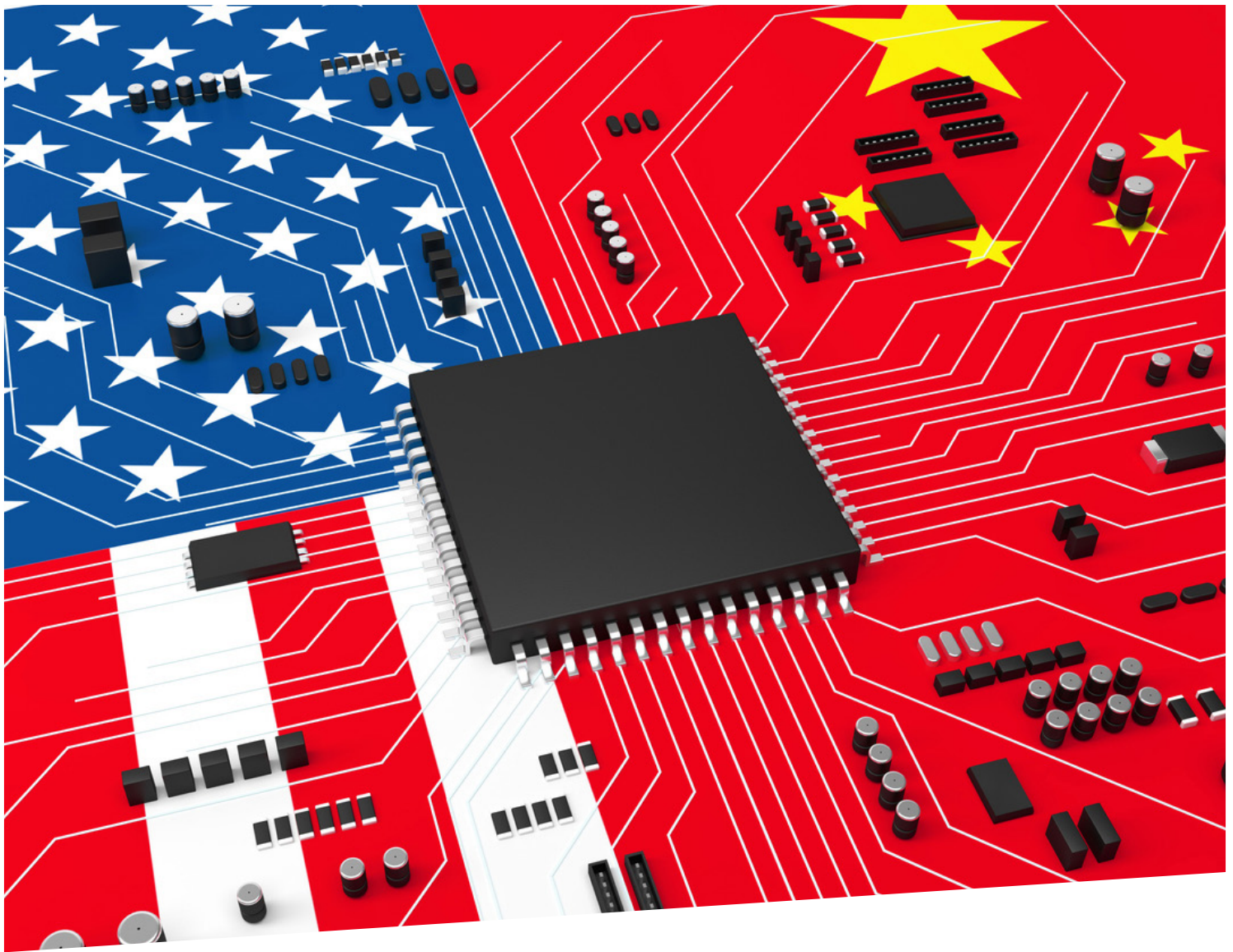




CARI / CONSEJO ARGENTINO PARA LAS
RELACIONES INTERNACIONALES

Comentarios Estratégicos

Clausewitz y la tentación de los extremos:
Raymond Aron, René Girard y la carrera tecnológica
entre Occidente y China

Álvaro Zicarelli

**Clausewitz y la tentación de los extremos:
Raymond Aron, René Girard y la carrera tecnológica
entre Occidente y China**

Álvaro Zicarelli

Comentarios Estratégicos

N.º 74

OCTUBRE 2026

ISSN 3008-9956

Las opiniones expresadas en esta publicación son exclusiva
responsabilidad de los autores y no reflejan ni la visión de
las instituciones a las que pertenecen ni la del CARI.

Corrección: María Fernanda Rey

Diseño: Trenderers

Maquetación: Juan José Gómez

Imagen de tapa: iStock.com/greenbutterfly

CARI Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales
Uruguay 1037, piso 1.º, C1016ACA Buenos Aires, República Argentina
Teléfono: (+5411) 4811-0071 al 74 / Fax: (+5411) 4815-4742
Correo electrónico: direccioneditorial@cari.org.ar / Sitio web: www.cari.org.ar

Clausewitz y la tentación de los extremos: Raymond Aron, René Girard y la carrera tecnológica entre Occidente y China

Álvaro Zicarelli¹

Introducción

La guerra interestatal de alta intensidad regresó a Europa; las potencias nucleares vuelven a esgrimir su arsenal como argumento y más de un conflicto avanza por pura inercia. Sobre esa deriva pesa una sospecha: que la escalada ya no encuentra frenos. Para pensarla, propongo volver a un viejo libro, *De la guerra*, de Carl von Clausewitz, y a dos de sus lectores franceses más célebres, Raymond Aron y René Girard, que discutieron la misma pregunta: ¿tiende la guerra, por su lógica interna, hacia los extremos, o puede la política contenerla? Hoy esa pregunta reaparece en un terreno que Clausewitz no alcanzó a ver, el de la tecnología militar y la puja por la primacía entre las grandes potencias.

Clausewitz (1832/1984) la dejó abierta, en parte porque murió en 1831 sin terminar de revisar su obra. En las primeras páginas compara la guerra con un duelo entre dos voluntades y muestra que la acción recíproca empuja hacia el uso ilimitado de la fuerza, lo que sus lectores franceses llamarían la *montée aux extrêmes*, el ascenso a los extremos (pp. 75-77). Enseguida corta ese razonamiento con su fórmula más célebre: “La guerra es la mera continuación de la política por otros medios” (p. 87).² Más adelante la precisa con una imagen: “Su gramática, en efecto, puede

1 Maestrando en Estudios Internacionales (UCEMA). Analista internacional, consultor y ensayista. Miembro del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales y de la Sociedad Argentina de Escritores. Correo de contacto: alvaro.zicarelli@gmail.com

2 Salvo indicación en contrario, las traducciones de las citas textuales de obras en otros idiomas son propias.

ser propia, pero no su lógica” (p. 605). Toda la teoría se juega entre el movimiento que arrastra al extremo y el que lo sujeta, y Aron y Girard se instalaron en polos opuestos de esa tensión.

Otras dos herramientas del prusiano reaparecen en el análisis contemporáneo. La *trinidad* concibe la guerra como un juego inestable entre tres fuerzas: la pasión del pueblo, el azar y el talento de quien conduce, y la razón del gobierno que fija el objetivo (von Clausewitz, 1832/1984, p. 89). La fricción, hecha de imprevistos, cansancio e información a medias, impide que ninguna campaña se parezca al plan trazado sobre el mapa (von Clausewitz, 1832/1984, pp. 119-121). La primera explica por qué una guerra puede cambiar de naturaleza según cuál de esas fuerzas se imponga; la segunda, por qué la escalada casi nunca alcanza en la práctica el extremo que la teoría promete.

He expuesto esa teoría con más detalle en otro trabajo (Zicarelli, 2025, pp. 46-52); aquí basta con su núcleo. La guerra absoluta, la destrucción completa del enemigo, existe sobre todo como concepto. La guerra real casi nunca llega hasta allí: la política fija cuánto esfuerzo merece el fin perseguido, y el conflicto suele desembocar en una paz negociada.

1. Aron: la razón política manda

Aron publicó *Penser la guerre, Clausewitz* en 1976, en plena Guerra Fría y bajo la sombra atómica. Su método vale tanto como sus conclusiones: comprender antes de juzgar, leer al autor en sus propios términos antes de alistarlos en una causa. De esa lectura sale un Clausewitz inesperado, pensador de la moderación. Contra la caricatura militarista y contra la apropiación marxista-leninista de la fórmula, Aron muestra que el centro de gravedad del prusiano es la primacía de la política.

Su prueba mayor es la nota del 10 de julio de 1827, en la que Clausewitz (1832/1984) anuncia que reescribirá su obra para distinguir dos tipos de guerra: la que busca derribar al enemigo y la que persigue fines limitados y negociables (p. 69). Esa distinción basta para desarmar la idea de que toda guerra empuja fatalmente hacia la aniquilación. El ascenso a los extremos es una tendencia lógica del concepto puro, no una ley de la historia; a la guerra real la frenan la fricción, la

duración y el fin político que mide el esfuerzo. De ahí la desconfianza de Aron hacia toda tentación tecnicista: ningún refinamiento del instrumento exime al estadista de preguntarse para qué lo usa. La bomba lleva la fórmula al límite sin refutarla, porque cuando el desenlace puede ser irreversible, la política debe contener la guerra con más rigor que nunca. La disuasión es la continuación de la política por otros medios en su versión más paradójica: un arma que se posee para no usarla y cuya eficacia depende de un supuesto frágil: que los enemigos compartan una misma racionalidad.

2. Girard: la escalada es la verdad

En 2007, a los ochenta y tres años, Girard publicó *Achever Clausewitz*, un libro de conversaciones con Benoît Chantre traducido al español como *Clausewitz en los extremos* (Girard, 2010). Es su libro más audaz. Sostiene que en aquellas primeras páginas Clausewitz rozó, sin nombrarla, la rivalidad mimética, en la que cada adversario imita y sobrepasa al otro hasta volverse su espejo. Para Girard el deseo es imitativo: se desea lo que el otro desea, y de ahí brotan la rivalidad, los dobles y la violencia. Trasladada a la guerra, esa mecánica no necesita un fin externo para intensificarse: se alimenta a sí misma.

Girard va más lejos. Según él, Clausewitz, espantado por lo que había visto, retrocedió: habría domesticado su hallazgo al subordinar la guerra a la política, y la célebre fórmula sería menos su logro que su coartada. Sin los diques que durante siglos contuvieron la violencia (lo que Girard llama, con una imagen paulina, el *ka-techon*, aquello que retiene), la reciprocidad queda librada a sí misma y entonces sí tiende al extremo (Girard, 2010). Eso explica el tono apocalíptico del último Girard, que hay que tomar en sentido literal: tenemos los medios para nuestra propia destrucción y fallan los mecanismos que antaño descargaban la violencia colectiva. Donde Aron ve un instrumento gobernado por fines, Girard ve un proceso que devora sus propios fines.

3. Girard en Silicon Valley: Thiel, Palantir y la reactualización de la estrategia

La teoría de Girard salió de la biblioteca por una puerta imprevista. Entre sus alumnos en Stanford, a fines de los ochenta, estuvo Peter Thiel, cofundador de PayPal y de Palantir Technologies, quien hizo de la teoría mimética el eje de su visión del mundo y la aplicó a los negocios. En *Zero to One* lo dice sin eufemismos: la competencia es una trampa mimética que destruye valor, porque los rivales terminan deseando lo mismo y pareciéndose cada vez más; lo valioso es escapar de la rivalidad y erigir un monopolio (Thiel y Masters, 2014). Es Girard llevado al mercado en su variante más sombría, la que atiende a la rivalidad y al chivo expiatorio antes que a la mimesis virtuosa.

Palantir traslada esa intuición al ámbito militar. Cofundada en 2003 por Thiel, quien preside su directorio, y por Alexander Karp, su director ejecutivo, fabrica *software* de análisis de datos e inteligencia artificial para agencias de inteligencia y ministerios de defensa occidentales. Su especialidad es acortar la *kill chain*, la cadena que va de la detección al disparo, y nutre el proyecto Maven del Pentágono. Karp llegó a afirmar que la empresa era “responsable de la mayor parte de la designación de blancos en Ucrania”, aunque un vocero lo acotó enseguida a blancos como tanques y artillería (Dastin, 2023). En enero de 2024, Palantir firmó una alianza estratégica con el Ministerio de Defensa de Israel para apoyar su esfuerzo bélico (Newman, 2024). La apuesta es que la ventaja decisiva se desplazó del acero al *software*.

El programa está expuesto en *The Technological Republic*, que Karp escribió junto con Nicholas Zamiska. Su tesis es que el predominio occidental nació de una alianza entre el Estado y el talento técnico, que Silicon Valley luego dilapidó en aplicaciones de consumo. Recomponer esa alianza sería un imperativo moral y una necesidad estratégica frente a las autocracias, con China a la cabeza. La inteligencia artificial sería, en el siglo XXI, lo que el átomo fue en el siglo XX, y solo una superioridad tecnológica aplastante podría disuadir la guerra (Karp y Zamiska, 2025).

Este proyecto pone en juego, a la vez, a Clausewitz y a sus dos lectores. En clave aroniana, es la disuasión de siempre: la lógica del arma que se acumula para no emplearla, traducida del hongo nuclear al algoritmo. Pero se apoya en el suelo que

describió Girard, porque la carrera por esa superioridad es, en sí misma, mimética. Thiel acepta explícitamente el diagnóstico girardiano y Karp lo asume en los hechos: la rivalidad escala y el monopolio estatal de la violencia se ha debilitado. Ambos le oponen un remedio aroniano, cabalgar la escalada sin ser devorados por ella. Si la apuesta se sostiene o no es, en rigor, la vieja discordia entre Aron y Girard, precipitada ahora por la inteligencia artificial.

4. China: la otra cara de la fusión

La planificación china es el espejo de ese programa. Pekín concibe su modernización militar como una secuencia que va de la mecanización a la informatización y de allí a la guerra *intelligentizada*, y se fija dos metas: completarla en lo sustancial hacia 2035 y contar con fuerzas armadas de primer nivel mundial a mediados de siglo (The State Council Information Office of the People's Republic of China, 2019, secc. II). Xi Jinping ha instado al Ejército Popular de Liberación a acelerar esa “intelligentización” (*zhìnéng huà*), y el instrumento elegido es la fusión militar-civil, que busca integrar los sectores de defensa y civil en un mismo sistema estratégico nacional (McFaul et al., 2025, pp. 4-5).

El programa chino y el de Karp persiguen el mismo fin por caminos opuestos: fundir el Estado, la tecnología y la fuerza militar. China lo hace de arriba hacia abajo, con la razón del Gobierno instalada en el vértice de la trinidad, aunque recluta para ello a un número creciente de empresas privadas y universidades civiles (McFaul et al., 2025, pp. 19-22). La república tecnológica de Occidente es su imagen invertida: una fusión de abajo hacia arriba, impulsada por empresarios privados. Aquí Girard reaparece a escala de gran estrategia, porque cada modelo imita al que dice combatir. La rivalidad enfrenta armas (chips, modelos de inteligencia artificial, enjambres de drones), pero, sobre todo, dos maneras de ordenar la trinidad, dos dobles que se persiguen sin alcanzarse nunca.

5. Lentes para el mundo de hoy

Las dos lecturas son lentes complementarias. En la competencia entre Estados Unidos, China y Rusia, la de Aron aporta sobriedad. Su vieja fórmula, “paz imposi-

ble, guerra improbable” (Aron, 1948, p. 26), describe todavía una disuasión mutua que aleja la guerra mayor sin acercar la paz, y recuerda que la partida sigue siendo política. La de Girard ilumina lo que Aron subestima: la rivalidad por el estatus y la sobrepuja tecnológica, que corren por fuera del cálculo frío de los intereses.

Esa disuasión, sin embargo, ya no prolonga el esquema clásico. André Glucksmann (1985), que había sido asistente de Aron, propuso una lectura que he desarrollado en otro lugar (Zicarelli, 2025, pp. 142-146): la disuasión nuclear pone medios de ataque al servicio de un propósito defensivo y altera así el principio clausewitziano que hacía de la defensa la forma más fuerte de la guerra (von Clausewitz, 1832/1984, pp. 357-359). Reemplaza, además, el viejo desenlace, en el que vencer era desarmar al adversario, por un equilibrio entre fuerzas simétricas que abarca el planeta y no tiene plazo. En ese marco, la escalada deja de ser una anomalía y pasa a organizar la estrategia entera.

Ucrania es el laboratorio. Allí conviven la movilización masiva, la señalización nuclear como coacción, las espirales de sanciones y una capa de *software* que comprime la cadena de designación de blancos. Todo eso devuelve la vieja pregunta: ¿gobierna todavía el fin político la guerra o la guerra impuso su propia dinámica?

En Medio Oriente, en cambio, la lectura de Girard rinde más. Los ciclos de represalia y el terrorismo, como violencia recíproca, encajan mal en el molde de la guerra entre Estados y bien en el de la rivalidad mimética. El actor no estatal, sin territorio ni población propios, pone en aprietos, por otra parte, la trinidad clausewitziana, al menos en su versión más difundida.

Conclusión

Ninguna de estas lecturas alcanza para todo. El ciberconflicto, con su atribución incierta y su frontera difusa entre guerra y paz, queda fuera de su horizonte. Tampoco previeron sus autores la decisión automatizada por inteligencia artificial, que la operacionalización girardiana de Thiel, encarnada en Palantir, puso en el centro de la estrategia. Lo que Aron y Girard ofrecen son brújulas (no mapas), y una brújula sirve precisamente cuando el terreno se ha vuelto irreconocible.

La lección de fondo es doble. Hay que sostener a la vez la exigencia de Aron, que manda perseguir el fin político que gobierna y limita la fuerza, y la advertencia de Girard, que obliga a vigilar la reciprocidad capaz de desbordar todo fin. A ellas se agrega hoy un tercer término: la fusión del Estado y la industria tecnológica, que Washington y Pekín edifican imitándose mutuamente. Esa fusión rehace la trinidad de Clausewitz y monta la tentación de los extremos sobre una base nueva y acelerada. Para la Argentina, que aspira a un orden internacional pacífico, multilateral y previsible, esa mirada no es un lujo teórico. Entender por qué la escalada a veces se contiene y otras se desboca es la única manera de no quedar indefensos ante ella.

Referencias

Aron, R. (1948). *Le grand schisme*. Gallimard.

Aron, R. (1976). *Penser la guerre, Clausewitz* (vols. 1-2). Gallimard.

Dastin, J. (1 de febrero de 2023). *Ukraine is using Palantir's software for 'targeting,' CEO says*. Reuters. <https://www.reuters.com/technology/ukraine-is-using-palantirs-software-targeting-ceo-says-2023-02-02/>

Girard, R. (2010). *Clausewitz en los extremos: Política, guerra y apocalipsis* (Conversaciones con B. Chantre). Katz Editores.

Glucksmann, A. (1985). *La fuerza del vértigo*. Planeta.

Karp, A. C. y Zamiska, N. W. (2025). *The technological republic: Hard power, soft belief, and the future of the West*. Crown Currency.

McFaul, C., Bresnick, S. y Chou, D. (2025). *Pulling back the curtain on China's military-civil fusion: How the PLA mobilizes civilian AI for strategic advantage*. Center for Security and Emerging Technology. <https://doi.org/10.51593/20240030>

Newman, M. (12 de enero de 2024). *Thiel's Palantir, Israel agree strategic partnership for battle tech*. Bloomberg. <https://www.bloomberg.com/news/articles/2024-01-12/palantir-israel-agree-to-strategic-partnership-for-battle-tech>

The State Council Information Office of the People's Republic of China. (2019). *China's national defense in the new era*. http://english.scio.gov.cn/2019-07/24/content_75026800.htm

Thiel, P. y Masters, B. (2014). *Zero to one: Notes on startups, or how to build the future*. Crown Business.

von Clausewitz, C. (1832/1984). *On war* (Eds. y Trads. M. Howard y P. Paret). Princeton University Press.

Zicarelli, Á. (2025). *La guerra de las superpotencias: De Sun Tzu y Clausewitz a la guerra inevitable entre China y los Estados Unidos*. Hojas del Sur.

